

Factor 90

Premio Finalista en el IX Certamen Literario Federico García Lorca, otorgado por el Ayuntamiento de Parla.

© Manuel Dorado, 2008.

El día antes de lo del AVE había ido al dermatólogo. No me fue muy bien. Según Gracia, mi mujer, soy algo hipocondríaco. «Muy hipocondríaco», dice ella. Y en esa época lo era mucho más. Los neumólogos, urólogos y otorrinolaringólogos de Ciudad Real ya me conocían: asma intrínseca, litiasis nefrítica en el riñón izquierdo y contractura de aritenoides por reflujo gastroesofágico ocasionado por la hernia de hiato, no digo más; que podría decir más. Pero esos días la novedad era el lunar. Me lo acababa de descubrir. Un lunar nuevo, ovalado y romo, despuntando en la nalga derecha. Vamos, en el culo. Y fui al derma. (José Antonio, mi médico de cabecera era laxo, el hombre, y me mandaba al especialista que yo le pidiese; de siempre).

—Es un lunar —dijo el doctor Robledo, el dermatólogo.

«Sagaz», pensé yo. También confiaba en que un ingeniero aeronáutico supiese reconocer un avión al primer vistazo. «Si tiene alas y pone Iberia...». Un inútil, vamos. Sé identificar muy bien a un médico malo, conozco a cientos. Y este, desde luego, parecía haber aprobado el MIR copiando el examen de su novia.

—Hombre, ya —dije, estirándome el carrillo derecho del culo para verme el lunar—. Pero vengo por si es malo.

—No es malo.

Conciso, don Severo Ochoa.

—Pero... —traté de insistir.

—Ya está. Súbase los pantalones.

Lo decía como si declinase un favor sexual que yo le acabara de ofrecer. Mi honra. Me despreciaba. Y, lo peor, me iba a echar de allí sin un tratamiento, unas pastillas, una intravenosa... ¡Un supositorio, por Dios, que lo tenía en el culo!

—Llame al siguiente —dijo Severo Ochoa a la enfermera, cuando yo aún tenía los calzoncillos a media raja.

—Don Severo... —protesté con una vocecilla que me sonó infantil, de rendición casi.

Él me miró por encima de sus gafas estrechas. Se las quitó de un tirón de patilla.

—Doctor Ro-ble-do —dijo, dando golpecitos en el aire con las gafas, en cada sílaba.

—Pero... ¿no me va a poner ningún tratamiento?

Apretó los labios y me miró muy serio durante unos segundos. Parecía masticar algo.

—Úntese usted bien de crema solar —dijo al fin—. Factor 90. Siempre que salga.

—¿Factor? ¿Me unto el...? —Me señalé el trasero que todavía asomaba entre la camisa y el calzoncillo.

—¡En la cara, hombre, o donde usted...! —Parecía que en realidad quisiese decir que sí, que por él me lo podía untar en el culo o en los mismísimos cataplines. Llegaba a ser realmente desagradable, don Severo Ochoa. No sé por qué, me imaginé a mí mismo conduciendo de vuelta a casa con las posaderas aceitosas por la crema solar, resbalando hacia los lados en las curvas. Se me encogía es esfínter solo de pensarlo. Vamos, una orgía de sensaciones en la espalda baja. Severo...—. El sol de Ciudad Real es horrible. No salga nunca sin fotoprotector en la cara. ¡Factor 90! Evita mucho los lunares. Crema.

El paciente que me seguía, una viejecita con las mejillas regordetas y enrojecidas como si le fuese a salir acné juvenil, entraba cuando yo me abrochaba el cinturón. Estiró el cuello como para intentar verme el culo.

Crema vulgar, eso fue lo único que saqué de aquella consulta. Para un hipocondríaco la crema es una fruslería, cosa de flojos, mujeres que se descubren la primera arruga, gente bien, ociosos en general. Al menos, pensé, el fotoprotector con factor 90 se compraba en farmacias y no en una tienda de playa, junto a los flotadores con cabeza de delfín y las sombrillas con estrellitas de mar. Eso ya era algo.

Al salir del hospital me metí en la farmacia de Marcelino. Lo conozco desde el colegio; la farmacia es de su padre.

—¡Coño, Julián! —exclamó al verme— ¿otra vez aquí?, ¿estás malo?

Lo de siempre con Marce. Bien sabía él cómo estaba: sosteníamos su farmacia entre dos parejas de ancianos que tomaban quince pastillas diarias cada uno, una viuda, también anciana, que tomaba treinta, y yo. Le pedí un buen bote de crema solar: la más cara, factor 90, *waterproof*. Al día siguiente iría a Sevilla y, como todo el mundo, asocio Sevilla con la lluvia y las maravillas. (Soy más normal de lo que parezco).

—Dámela *waterproof*, por si llueve —le dije a Marce.

Sonrió. No se puede decir que Marce sea bizco, pero tuerce un poco el ojo izquierdo al sonreír.

—Hombre, Julián, si llueve no hace sol.

—¡Trae!

Cogí el bote y pagué. «Bizco no, pero gilipollas...». Si trataba así a los buenos clientes...

Me fui con un adiós seco para Marce y un buenas tardes igual de seco para la viuda, con la que me crucé en la puerta.

Lo cierto es que estaba un poco nervioso. Pero no era culpa de Marce. Ni de don Severo Ochoa. Ni del lunar en salva sea la parte. Al día siguiente, ya lo he dicho, me iba en AVE a Sevilla. Y no era un viaje de trabajo, negocios, nada de eso. Soy profesor de informática; estaba recién estrenado en un instituto de Ciudad Real, qué negocios iba a tener en Sevilla. Era, en realidad, un viaje de

placer. Mucho placer, esperaba. Iba a encontrarme con ella: mi primera cita después de nueve años de noviazgo y uno de compuesto y sin novia. Muy nervioso, sí.

A la chica de la cita la había conocido por Internet, que es como hoy se conoce la gente (eso me dijeron mis alumnos y, estúpido de mí, les creí). Cleopatra era su *nickname* en la Red. Con veintisiete años y funcionario en plaza, eres el rey del mambo en tu ciudad, pero yo había perdido el uso de ligar. Si es que lo había tenido alguna vez. Y, de pronto, aparece Cleopatra: una sevillana simpaticuísima, atrevida, ocurrente. Vamos, pensaba ponerme la crema fotoprotectora y plantarme en Sevilla como un conquistador extremeño, hiciera sol o me lloviesen encima todas las plagas de Egipto.

Hizo sol. Al ver el cielo limpio del amanecer (la única mancha era la estela anaranjada y recta de un avión, al este), saqué el tubo de crema del bolsillo, ya acomodado en el asiento del tren, y lo observé en silencio. Pensé en ese momento que debía haberlo probado el día anterior, al salir de la farmacia de Marce. Pero atardecía cuando abandonaba la farmacia. Me arrellané, observé a los ejecutivos con traje que venían desde Madrid golpeteando los teclados de sus portátiles y a los turistas rubios y gordos que dormitaban. Mi visita a Sevilla sería mucho más apasionante que la de ninguno de ellos, decidí, mientras giraba el tubo de crema entre mis manos. Era un envase de plástico naranja. Volvió a recordarme la playa; no era serio, vaya un medicamento me había prescrito Severo Ochoa. Hubiese leído el prospecto (me los leo y releo todos como si fueran *best-sellers*), pero el tubo de plástico venía sin prospecto. Parecía un tubo de dentífrico, pero más gordo, o una crema para los cayos de los pies, una cosa vulgarísima. Esa mañana me había tomado, siguiendo mi programa estricto de automedicación, el protector estomacal, el antihistamínico y la tisana de herbensurina para las

piedras de los riñones. No se me había ocurrido cómo incluir el fotoprotector en el protocolo. Como andaba con prisa para no perder el tren, había resuelto llevar la crema conmigo y aplicármela antes de bajar del AVE y enfrentarme al sol de Sevilla.

Pero al girarme hacia la ventana me di cuenta de que el sol ya estaba allí. Amanecía. Pronto, desde aquella ventana que apuntaba al este, los rayos matutinos se restregarían por todo el lado izquierdo de mi cara. Bajé la vista, azorado, hacia el tubo de crema. Casi podía notar cómo me empezaba a hervir la piel del moflete izquierdo. Y fue entonces cuando descubrí las indicaciones. ¡Venían escritas alrededor del tubo como si fuesen los ingredientes de un yogur! «Extiéndase sobre la piel treinta minutos antes de la exposición...», rezaba el prospectucho.

«¿Media hora antes?». Estaba perdido.

Ya hacía rato que habíamos salido de Ciudad Real y pasado Puertollano. Quedaba Córdoba, que debía de andar cerca, y la siguiente estación sería Sevilla. Poco más de dos horas, calculé, pero el sol empezaba a entrar con ganas por los ventanales del tren. Miré alrededor. Los ejecutivos seguían concentrados en sus portátiles y los turistas, extranjeros en su mayoría, aman el sol, como todo el mundo sabe. El aire acondicionado estaba al máximo; casi hacía frío allí, a quién le iba a importar aquel sol pálido. Pretendí bajar la persiana, pero la mujer con cara rosada y gorra de agencia de viajes que estaba sentada delante de mí me miró con la boca torcida hacia abajo y los ojos muy abiertos (parecía un demonio japonés).

—Perdón —dije, y solté la persiana sin moverla siquiera.

El demonio, sin decir una palabra, se volvió al paisaje y se quedó absorto en los peñascos y los chaparros. A mí, el sol empezaba a picarme en la cara como si me estuviera escupiendo alfileres. Pronto me achicharraría el moflete izquierdo. «Desde luego —pensé—, a Cleopatra se le podría haber ocurrido citarme al atardecer, que es muchísimo más romántico y más fresquito en Sevilla. Incluso podría haber dado pie a una cena. O algo más, quién

sabe». Pero como llevaba nueve años con la misma novia, las costumbres amorosas del momento me parecieron insondables y decidí no pretender entenderlas. A las diez había quedado con ella, en la plaza de España, donde los turistas. Donde más pega el sol en Sevilla. ¡A las diez de la mañana! «Para desayunar con diamantes», me dio por pensar. Esperaba que Cleopatra mereciera la pena. Sí, merecería la pena, intenté convencerme. Pero, el sol me churrascaría antes y yo tendría que presentarme a la chica de mis sueños luciendo un moflete rojo. O rosadito, como los del demonio japonés. El otro moflete se quedaría blanco. Fresa y nata. La mejilla roja la llevaría, además, llena de lunares. Eso lo había augurado don Severo Ochoa, el lumbreras. Ya los notaba salir, a los lunares, como setas después de la lluvia, bien jaleados por el sol. Lunares malos. Malísimos.

Casi salté del asiento. Y me fui directo al servicio. «Fotoprotector *waterproof*», recordé que decía el tubo que llevaba en las manos. Pensaba untármelo inmediatamente. Todo, o casi todo. Me toqué la cara de camino al baño. No se palpaba ningún lunar. «¿Los lunares tienen relieve?», me preguntaba.

Pero los aseos del vagón estaban ocupados. Además, un ejecutivo, traje negro, camisa oscura, esperaba para entrar mientras toqueteaba su agenda electrónica. «Te vas a freír con ese traje en Sevilla —pensé—, seguro que no llevas fotoprotector». No pensaba hacer cola. Me fui al baño del siguiente vagón.

Ocupado también. Otros dos hombres trajeados esperaban en la puerta mientras picoteaban sus agendas con un puntero. Parecía una conjura de ejecutivos con cacharros electrónicos. El riñón empezó a pincharme y decidí que me tomaría un Nolotil antes de bajar del tren. O dos.

Fui al siguiente baño. También ocupado. Esta vez, era un joven melenudo el que esperaba a la puerta. El sol, horizontal, catapultado desde el este, me tostaba el moflete izquierdo cada vez que caminaba por los vagones. En un amago por hacer cola en aquel baño y evitar así el sol del siguiente vagón, me planté frente al

melenudo. Este toqueteaba los mandos de un MP3 y daba pequeños cabezazos al ritmo de alguna música compuesta con toda seguridad en las calderas del infierno. Me miró. Algo en sus ojos me recordó a un alumno que había tenido el curso anterior y que decía ser *heavy* y que su grupo favorito era Sepultura o Tumba o Lápida o algo así y que su canción preferida era *Te degollaré*. «Un temazo», aseguraba.

«Pues degüella a tu padre, chaval», pensé mientras me alejaba del paranoide con melenas. Sentí un pinchazo en la cara al cruzar el solarío del siguiente vagón. ¡Un lunar! Seguro que estaba brotando en mi moflete. Era un pinchazo inequívoco. Los oídos también me ardían. Ese síntoma era nuevo, no tenía nada para ese padecimiento. ¿Qué sería? El cerebro fundiéndose y saliendo por las orejas. Necesitaba el baño del siguiente vagón.

Pero en el siguiente vagón estaba el bar. No había servicios allí. ¡Por Dios! ¿No iba a poder untarme una maldita crema?

Aunque tampoco había nadie en el bar. Ni se veía a los camareros. Miré, negando con la cabeza, por la ventanilla que había a mi derecha, al lado opuesto por el que entraban los rayos ultravioleta. El tubo de fotoprotector bien apretado en mi mano. Y entonces apareció. Mi cara.

Frente a mí, en la ventana, repentinamente oscurecida por un túnel (bendito túnel), apareció mi cara estrecha de niño enfermizo con promesa de entradas en el pelo. Me observé con detenimiento la mejilla izquierda. No había lunar alguno allí. Y tampoco se veía más roja que la otra. El sol ni la había tocado. Pero... «¡Hay que darse prisa!», me dije. Rompí de inmediato el precinto del tubo de crema, lo abrí y apreté despacio.

No salió nada por la boca de plástico.

Apreté un poco más y el tubo escupió una pasta densa y brillante, escasa, sobre las yemas de mis dedos. Parecía cemento blanco, reseco, como con brillantina. Apreté otro poco. Cuando creí que había suficiente de aquella pasta, me miré la cara en el espejo que formaba la oscuridad del túnel tras la ventana.

Pero el túnel desapareció. Mi cara se fue y un paisaje verde, borroso por la velocidad extraordinaria del maldito tren de alta velocidad se materializó frente a mí. Con su luz odiosa. El AVE pasaba demasiado rápido por los túneles, por los campos, por todas partes, no daba opción ni a pensar. Miré la crema, densa sobre mis huellas dactilares. Me giré hacia la barra, seguía sin haber nadie en la cafetería. De pronto, otro túnel (debíamos de estar pasando entre montañas, por la sierra de Córdoba o algo parecido, no importaba). Casi pegué la nariz al cristal, me concentré en mi cara y me di tres golpes con las yemas de los dedos. La frente, un pómulos y el otro; tres manchas blancas en mi rostro. La crema restante la restregué por mi nariz nudosa. Parecía ser poca crema para toda la longitud vertical de mi cara. No me había tocado las sienes, ni la barbilla ni el mentón. Ni debajo de la nariz. Quizás no pudiera cubrir las entradas. Apreté con fuerza el tubo y vertí más crema viscosa sobre mis dedos. Con diligencia, la apliqué al resto de la cara. Se extendía mal, la crema, era muy blanca, quizás me había pasado con la cantidad... Y el túnel se fue.

Demasiado rápido, el AVE. Demasiado. Casi decido esperar a otro túnel (ignoraba si lo habría), cuando un movimiento de bayetas sobre el mostrador me alertó. Unos brazos delgados, de una camarera, supuse. Oculté la cara en el rincón y empecé a restregarme rápidamente.

Con las dos manos froté y froté. Hasta convencerme de que el blancor refulgente se había diluido en mi rostro. A juzgar por las palmas de las manos, pálidas como si hubiese estado amasando escayola, mi cara debía parecer la de una geisha. Pero me obligué a pensar que no era así, que la crema se absorbería poco a poco.

En ese momento se abrió la puerta del vagón y el joven melenudo con el que me había topado unos minutos antes entró. Al cruzarse conmigo nos miramos. Él abrió un poco la boca y mucho los ojos, como si yo le asustase, o le causara admiración. A saber cómo se pintarían la cara los mamarrachos del *heavy metal* que

escuchaba en su MP3. La megafonía del tren anunció que nos aproximábamos a Córdoba y yo me escabullí y no me moví de mi asiento hasta llegar a Sevilla.

La cita con la sevillana fue rápida. Me recibió con una sonrisa, que más bien parecía el gesto de dolor de un retortijón, me dio dos besos en la cara sin rozarme siquiera y me llevó a un bar cochambroso, detrás la plaza de España. El bar parecía ideal para citarse con un viejo amigo de la mili y atiborrarse a botellines. A mí me pinchó la piedra del riñón nada más llegar. Con todo, el antro tenía un par de sillas llenas de roña y una mesita redonda y pintada de muchos colores, como las de la Feria de Abril, pero descascarillada, junto a un cartel de toros amarillento. Supuse que allí rejonearían a los extranjeros incautos que buscasen un lugar típico para comer jamón.

Ella miraba a todos lados mientras yo pedía en la barra. El camarero me miraba a mí. Un hombre barrigudo, con un delantal blanco, sucio, y con pinta de matarife, que me observaba de reajo mientras me servía. Cuando me senté junto a Cleopatra, con el café (por mi medicación no tomo alcohol antes de las doce del mediodía), la cerveza para ella y unas aceitunas revenidas que me dio el camarero sin dejar de mirarme a la cara, ella casi sonreía, como si ya hubiese decidido lo que me quería comunicar.

—Tengo un poco de prisa —dijo, y se giró hacia la puerta abierta.

No era fea, pero su perfil más que de Cleopatra parecía de mosquito. Una nariz demasiado puntiaguda para quedarse allí sin picar a nadie, perdiendo el tiempo conmigo, supuse. Sentí un poco de asma y dos o tres contracturas de las habituales en mi cuello. Después recordé que el clima seco me va bien y que en Sevilla no tendría que sentir asma y se me pasó. Y con mi cuello y sus crujidos podía vivir.

—He venido desde Ciudad Real solo para verte —dije.

—Me ha surgido una cosa, de verdad. Iré yo a verte la próxima vez.

No vendría, estaba bien claro. Cleopatra hablaba forzando las consonantes, las eses, las ges, las zetas, como si pretendiese ser del mismo centro de *Madrĩx* o de *Baracaldos*. Cogía además las aceitunas con palillo, muy gesticulante ella, y bebía estrujando mucho los morros como si fuese a tocar la trompeta. Esas cosas no se ven por correo electrónico, desde luego.

Habían sido mis alumnos, pensé mientras me bebía el café sin saber qué más decir, los que insistieran en que me metiese en *la Red* (como llamaban ellos a Internet). «Se liga mogollón», decían. Y yo, después de nueve años con Paquita y de tragarme que me dejara para casarse con el más tonto de la provincia, me había sentido perdido, desubicado. Incluso los más zoquetes del instituto me animaban a salir a tomar copas con ellos. Un par de veces les había hecho caso, pero ni me había divertido, ni conseguí hablar con nadie que hubiese leído un libro entero. Incluso pensé que me detendrían por hacer botellón con menores de edad. Cuando mi hernia de hiato envió, esófago arriba, una oleada de reflujo gástrico, entendí que el whisky adulterado con Coca-cola me podría matar. Y dejé de salir. La Red era mi única opción.

Ya he dicho que soy profesor de informática, nada tenía que temer de Internet. Podía detectar a la primera virus, *hackers*, *spybots*, troyanos, mentirosas y hombres casados con *nickname* de jovencita lasciva. Entré en la Red, y después de driblar a dos o tres taradas y a otra, que cualquiera con dos dedos de frente habría calificado de asesina en serie, encontré a Cleopatra.

Al contemplarla después en aquel bar para turistas, esquivando mi mirada, pinchando aceitunas negras con un palillo enhiesto y arrugando los labios para beber, parecía otra persona. Como si hubiese mandado a su prima Loli a entretenerme un rato. Por la Red era tan locuaz, tan divertida. Tan picantota cuando se lo proponía.

Tres meses de intercambio con el teclado del ordenador, y Cleo me había dicho que le ardía un fuego en algún lugar de la selva oscura bajo su ombligo (supongo que habría sacado la frase de alguna película de Estes y Pajares) y que quería conocerme. Me había mandado una foto, sí, de hacía tres o cuatro años, deduje después. Y en la foto, además, estaba de frente. Una Cleopatra que detestaba su perfil.

Cuando terminé el café, Cleo me miraba a la cara. Parecía observar mis labios y sacaba la lengua como rascándose la parte superior de la comisura izquierda de la boca. Un gesto que hubiese resultado muy sensual en un sitio menos grasiento que aquel bar. Supuse entonces que buscaba algún resto de cerveza sobre su bigote y no quise interrumpirla. Me levanté y pagué al camarero, que no dejó de secar un vaso mientras me miraba a la cara, sin moverse. No se acercó ni a coger el dinero, como si temiera que le fuese a contagiar la lepra. Repasé mentalmente mis dolencias del momento. El lunar en el culo parecía que me picaba ¿Sería contagioso? ¿Habría empeorado en aquel bar? Me moría por largarme de allí.

—Quédese con las vueltas —dije.

—*Grasia* —respondió él, sin moverse de su trinchera.

La Cleo y yo nos despedimos en la puerta del bar, sin que ella llegara a decirme su verdadero nombre. Yo tampoco le dije el mío.

—Adiós, Sancho —me dijo, pronunciando mucho las eses. Aún se relamía un poco el labio. Sería un tic, decidí—. Ya hablamos por la Red.

No volvimos a hablar, claro. Y ahí terminó mi aventura de seducción internáutica.

Cuando subí al AVE de vuelta a Ciudad Real, el riñón izquierdo me ardía y sentía unas ganas terribles de orinar y estornudar a la vez. Fui al baño a desahogar mi vejiga y mi nariz. Al salir, fui a la cantina del tren. Pedí un descafeinado y una napolitana. (La aventura,

después de todo, no había pasado de media mañana y yo no había desayunado bien). Con el bollo, engullí un gramo de paracetamol, una píldora de Nolotil y un antihistamínico, acompañados por tres tragos de café. Todo, bajo la mirada constante del camarero del AVE. Me observaba como si estuviese viendo volver de la tumba a alguna tía suya a la que le debiese dinero. Los pasajeros, después, como el camarero del AVE, como el otro, el del bar de Sevilla, me miraron también fijamente al caminar por el pasillo, rumbo a mi asiento. Todos, con la misma cara de extrañeza que había puesto Cleopatra al verme.

Cuando llegué a mi sitio, vi que había una joven morena y menuda sentada frente a mí. Dije un hola a media voz y ella respondió con otro igual. Apenas levantó los ojos negros, grandes, con raya que parecía egipcia aunque no estaba pintada, de un libro gordo con tapas duras y coloridas de *best-seller*. Era tan menuda que sus piernas plegadas no llegaban hasta mí; sus rodillas no chocaban con las mías, como suele ocurrir en los asientos enfrentados. Quizás, pensé, ésa fuese la única suerte que tuviera en todo el día. Un asiento cómodo frente a una chica guapa. Que además sabía leer.

Me sacó de mi optimismo la llegada repentina de mi compañero de asiento. El hombre debía de pesar doscientos kilos y sudaba por sus brazos peludos como si se acabase de beber el Mediterráneo entero. Su mujer (nada hacía suponer que no lo fuera) encajó sus buenos ciento cincuenta kilos junto a la muchacha menuda, haciendo que la joven se encogiese también.

—Buenas —dije, con una voz trémula.

Pero ni la mujer ni el hombre respondieron. La mujer sacó una tableta de chocolate del bolso, la partió por la mitad y se la dio a su marido, que de un bocado se comió tres cuadrículas. Ella ya sacaba una longaniza del bolso-despensa mientras el caballero me empujaba con su codo y casi me metía los pelos de la axila en la nariz. Un gesto de brazo que le debía de permitir morder con más soltura.

Hombre, yo como enfermo crónico que soy, entiendo al obeso mórbido, pero... ¿me tenía que tocar todo el mismo día? El riñón me volvió a pinchar, parecía que la tonta-del-bote de la Cleo, que a fin de cuentas era la culpable de todo, venía a mi memoria con su nariz puntiaguda para hincármela en el costado. No podría salir al servicio fácilmente con los dos hipercomensales entrelazando sus piernas robustas entre las mías y las de mi otra compañera de viaje. La muchacha me miró fugazmente, pareció sonreír y luego se zambulló de nuevo en la lectura, encogida, a salvo por su tamaño de la debacle de embutidos. La señora del bolso sacaba un salchichón y un cuarto de queso manchego envuelto en papel. Me toqué el riñón. El asma me venía y ya había agotado los antihistamínicos; tampoco había traído el Ventolín (¿quién podría necesitarlo en Sevilla en pleno mes de julio?); el reflujo gástrico parecía subir por el esófago para salir por mi boca y comerse media longaniza. Entonces, mi pierna derecha, en el escaso espacio que tenía (apenas unos centímetros) empezó a moverse, desbocada, a izquierda y derecha. Daba golpecitos contra el plástico del interior del AVE, donde iba a morir en pocos minutos. Los bronquios encharcados, diría el forense, una piedra del tamaño de un morcón atravesada entre la vejiga y el uréter, y un dragón en la laringe.

Levanté la vista, con un gesto comprimido, tristísimo. Debía parecer que me iba a echar a llorar, seguro.

—Acromelalgia —dijo la chica sentada frente a mí. Una voz firme pero suave como la piel de debajo de las orejas de algunas muchachas. Como la piel bajo sus orejas pequeñas. Cerró el *best-seller* con un golpe de mano. Me miró a la pierna y luego me sonrió—, ¿verdad?

Me pareció realmente guapa; un ángel de pelo moreno, media melena, un lunar en la punta de la nariz diminuta. Un ángel pequeño que sabía lo que era la acromelalgia. Un ángel, sin duda alguna.

—Síndrome de piernas inquietas —dije—. Lo tengo desde siempre. La acromelalgia...

Puso el libro sobre su regazo y con la mano que le quedaba libre sujetó mi rodilla. Esta dejó de moverse como si hubiese recibido una orden militar. El escalofrío que me provocó sentir su mano sobre mi pierna aún me pincha en la nuca algunos días de otoño y también de primavera, cuando se remueve el aire.

—Soy farmacéutica. Sé lo que es la acromelalgia. Relájate, hombre. ¿Usas fotoprotector? —dijo de pronto.

El sueño de un hipocondríaco: una farmacéutica.

—Factor 90 —dije.

—Ixderma, ¿verdad?

—Sí, pero cómo...

La farmacéutica menuda estiró la mano con que me sujetaba la rodilla y me pasó el índice sobre el labio superior como si me pintara un bigote con un lápiz. Después me mostró la yema del dedo y vi un buen pegote de crema blanca, refulgente, sobre ella.

—Ixderma se absorbe supermal —dijo—, debes de llevar ese bigote ahí desde esta mañana.

—Yo...

—Y la cara... —Sonrió—. Pareces una geisha. —Soltó una carcajada como un gorgorito de soprano.

«El estúpido AVE, su velocidad extraordinaria y sus túneles enanos —pensé—. Y la estúpida crema». Imaginé mi cara blanca de payaso, de *pilingui* japonesa pavoneándose por la plaza de España.

—Vuelvo de una feria de homeopatía en Sevilla —dijo, mientras se limpiaba la crema del dedo con un pañuelo—. Soy de Puertollano, trabajo en la farmacia de mi madre, ¿sabes?

El tren te lo quita, el tren te lo da.

—Me llamo Julián —dije, y le tendí la mano—. Doy clases en Ciudad Real, en el Ramiro de Maeztu, el instituto, ¿te suena?

—Es el que está a la entrada, ¿no? Yo voy mucho a Ciudad Real. Me llamo Gracia —dijo entonces mi mujer.

Y me dio dos besos en la cara de geisha.